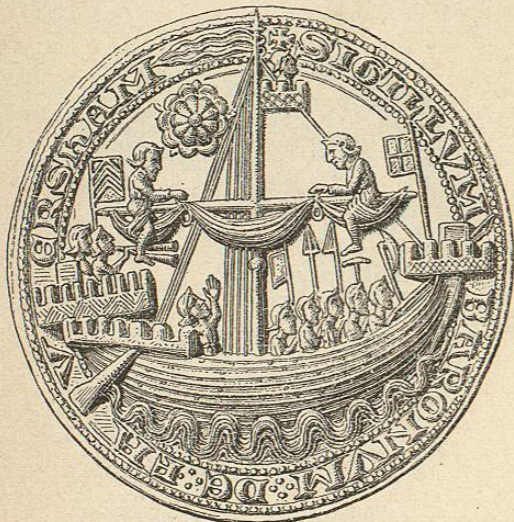


cisiva para los ingleses: David fué derrotado y hecho prisionero, después de haber recibido dos flechas en la cabeza. El hierro de una de ellas no pudo serle extraído y dentro permaneció durante treinta y dos años, «causándole agudos dolores á cada cambio de luna,» según dice Froissart. Los sitiados de Calais nada debían esperar, por consiguiente, de parte de Escocia.

En la primavera de 1347 parecía que la guerra de Bretaña, que inquietaba al rey de Inglaterra, iba á tomar un sesgo favorable á los franceses, puesto que **1347** Carlos de Blois había puesto sitio, á fines de mayo, á la Roche-Derrién, de la que el año anterior se había apoderado el duque de Northampton, y el ejército fran-



Buque inglés del siglo XIV. (Sello de los barones de Faversham, Real Archivo secreto del Estado en Berlín.)

co-bretón estaba instalado en su campamento como en una ciudad, y sus máquinas de guerra batían las murallas y hundían los techos de las casas. Pero se acercó un numeroso cuerpo de socorro inglés, que acudió «por senderos y bosques» al mando de un jefe temible, Tomás de Dagworth, y mientras Carlos de Blois le esperaba por un camino, adonde habían sido enviadas parte de las tropas franco-bretonas para contenerle, presentóse por otro, á las dos de la madrugada del 20 de junio, á atacar el campo francés. Hubo primero sorpresa y luego confusa refriega: los franceses no tenían santo y seña para reconocerse, y el combate se libraba á la luz de cirios y antorchas. El resultado parecía indeciso, pero al despuntar el día la guarnición inglesa vió desde lo alto de las murallas la lucha, y atacando á los franceses de flanco por la retaguardia decidió la victoria. Carlos de Blois, arrimado á una miserable casucha, recibió diez y siete heridas antes de rendirse á un caballero bretón; su ejército, compuesto de cuatro mil hombres de tropas regulares, sin contar «la milicia,» había sido despedazado por mil doscientos ingleses, habiendo tenido más de setecientos muertos, entre ellos los jefes de las casas feudales más poderosas de Bretaña, y habiéndose el resto disipado como humo. Carlos de Blois permaneció todavía un año en Bretaña, en Vannes y en Rennes, encerrado en dura cárcel, y luego fué llevado á Inglaterra, en donde para consolarse entonaba melancólicas canciones. La causa francesa estaba por mucho tiempo comprometida en Bretaña.

Sin embargo, Calais seguía resistiendo: el último convoy de víveres había entrado allí en el mes de abril, y los sitiados, «á quienes el hambre obligaba á comer toda suerte de inmundicias,» enviaban al rey de Francia desesperados llamamientos. Un día, durante la bajamar, los ingleses encontraron en la playa una carta escrita por Juan de Vienne, que decía: «Muy amado y muy temido señor: Recomiéndome á vos tanto cuanto puedo, como quien desea mucho tener noticias de vuestro estado, que Nuestro Señor, por su gracia, mantenga siempre bien. Y si queréis saber el estado de nuestra ciudad de Calais, estad seguro de que cuando estas letras fueron escritas, todos estábamos sanos y buenos y con gran voluntad de servirlos y de hacer cosas que redunden en vuestro honor y provecho. Pero, muy amado y muy temido señor, sabed que aun cuando todos estén sanos y buenos, la ciudad se halla muy pobre de trigo, de vinos y de carnes; porque sabed que todo se ha comido, perros, gatos y caballos, de suerte que no podemos encontrar víveres en la población, á no ser que comamos carne humana. Ya en otras ocasiones os he escrito que conservaría la ciudad mientras hubiera algo que comer; pero á tal punto hemos llegado, que ya no tenemos de qué vivir. Por esto hemos convenido entre nosotros que si en breve no recibimos socorros, saldremos de la ciudad para combatir en campo libre, á fin de vivir ó morir, porque preferimos morir honrosamente en el campo á comernos los unos á los otros.»

Felipe VI se disponía á libertar á la ciudad, pero obraba con lentitud increíble. Mientras los restos del ejército de Creci guardaban la frontera de Flandes, él había pasado tristemente el invierno en Moncel, en Vincennes y en París, y allá por la Pascua despidióse, en unión de su hijo, de monseñor Saint-Denis. Tres meses se necesitaron para reunir el nuevo ejército, que se compuso casi exclusivamente de nobles y de caballeros y que no se puso en marcha hasta la segunda mitad de julio. El 27 de este mes llegó á Sangate, á la vista de los ingleses y de la ciudad sitiada; pero Eduardo III había tenido tiempo de atrincherarse entre los pantanos, el mar y la ciudad, de suerte que sólo podía llegarse á su campo por las dunas ó por un puente de fácil defensa. Al otro lado de Calais, al Norte, había acudido un numeroso ejército flamenco, respondiendo al llamamiento del rey de Inglaterra. Felipe no supo qué determinación tomar; los sitiados, desde lo alto de las murallas, hacíanle señales y durante la noche encendían grandes fogatas; y él, después de negociar inútilmente por espacio de tres días con dos cardenales que traían la misión de proponer la mediación del papa, hizo pedir á su enemigo día y lugar para la batalla. Esto determinó nuevas negociaciones; pero antes de que éstas concluyeran, ó sea en la mañana del jueves 2 de agosto, levantóse el campamento francés y se dispuso la retirada.

Se ha querido investigar las causas de ese repentino abandono, que un cronista atribuye «á la mala reina coja de Francia,» suponiendo que ésta por medio de cartas desconsoladas llamó al rey á su lado; pero lo más probable es que de la mente de Felipe VI no se hubiese borrado todavía el recuerdo de Creci. Además llegaban de Bretaña, de Escocia, de todas partes, malas noticias; tal vez también temía el monarca nuevas traiciones; y finalmente en Calais había podido comprender

que las posiciones del rey de Inglaterra eran inexpugnables. Para probar fortuna, habría sido preciso que el rey de Francia hubiese estado dotado de audacia y de genio.

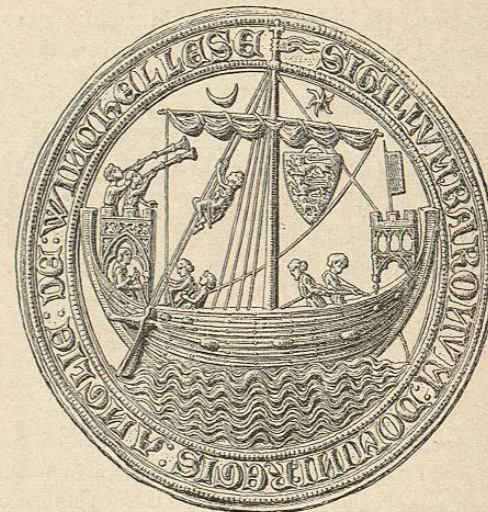
Una vez desaparecido el rey, era inútil «perder el cuerpo y el alma por la rabia del hambre,» así es que el día 3 de agosto Juan de Vienne fué á parlamentar delante de la puerta de Calais con Gualtero de Masny (1), solicitando que la guarnición y el pueblo salieran libremente de la ciudad, quedando él y sus caballeros prisioneros del rey de Inglaterra. Eduardo III respondió: «Es mi voluntad que todos mueran;» en vista de lo cual Masny y los barones le rogaron «que suavizara un poco su odio.—Gualtero, Gualtero, replicó el rey, los de Calais han hecho morir á tantos de mis hombres, que es preciso que mueran también algunos de ellos.» Al fin contentóse con exigir que «seis ciudadanos de los más notables de Calais, descalzos y descubiertas las cabezas, vestidos sólo con sus ropas interiores y con una soga al cuello, se presentaran trayendo en las manos las llaves de la ciudad y del castillo. Con estos hombres haré lo que se me antoje, y al resto de los habitantes de la ciudad, les haré gracia.»

Juan de Vienne transmitió estas condiciones al pueblo de Calais, reunido á son de campanas en la plaza pública. «Cuando todos, hombres y mujeres, se hubieron congregado en la plaza, micer Juan de Vienne les repitió con mucha dulzura las palabras tales como quedan antes dichas y copiadas,» añadiendo «que otra cosa no podía ser,» y pidiéndoles que «deliberasen brevemente.» Entonces todos se pusieron á «gritar y á llorar tan tierna y amargamente que nadie que les hubiera visto y oído agitarse habría tenido el corazón tan duro para no apiadarse de ellos. Y de momento nada pudieron decir ni responder, y el mismo micer Juan de Vienne les tenía tanta lástima que lloriqueaba muy tiernamente.» Entonces «púsose en pie el ciudadano más rico y más reputado de Calais, á quien se llamaba sire Eustaquio de Saint-Pierre, y delante de todos habló de esta manera: «Buenas gentes, gran lástima y gran maldad sería dejar morir á un pueblo como éste de hambre ó de otro modo, cuando hay manera de evitarlo. Y haría grande obra de misericordia y muy grata á Nuestro Señor quien de tal maldad pudiera guardarles y salvarles. Por lo que á mí toca, tengo tal esperanza de hallar gracia y perdón ante Nuestro Señor si muero para salvar á este pueblo, que quiero ser el primero; y gustoso me pondré en camisa, descubierto y descalzo, y con la soga al cuello me entregaré á merced del gentil rey de Inglaterra.» Un segundo ciudadano, que tenía «dos hijas solteras, jóvenes, bellas y graciosas,» ofrecióse también, y luego otros cuatro entre los más ricos y mejor «vestidos.»

El día 4 de agosto se rindió la ciudad: Juan de Vienne, tan emocionado «como si viera á todos sus amigos en el ataúd,» hizo desnudar á los seis ciudadanos, que se quedaron en calzoncillos y en camisa, les entregó las llaves y el cortejo se puso en marcha, acompañado de todo el pueblo, que lloraba á lágrima viva. Al salir de las murallas, los seis ciudadanos gritaron: «¡Adiós, bue-

(1) Acerca de Gualtero de Masny, señor de Hainaut, establecido en la corte de Inglaterra, véase el *Dictionary of national Biography*, XXXVI, pág. 76, v.º Manny.

nas gentes; rogad por nosotros!» Cuando llegaron delante del alojamiento del rey de Inglaterra, éste «guardó silencio,» pues tenía «el corazón tan duro y tan envenenado por su gran cólera, que no pudo hablar.» Su primera palabra fué para ordenar en inglés que les cortaran la cabeza; á las súplicas de los ciudadanos nada respondió; Masny y los barones intercedieron en vano, é iba ya á comenzar la ejecución cuando la reina, á pesar de estar «embarazada de muchos meses,» fué á arrojarle á los pies de Eduardo III y le suplicó llorando que le concediera la vida de los seis ciudadanos: «¡Ah, muy amado señor! Puesto que he pasado el mar con gran peligro, como sabéis, y nunca os he pedido ni



Buque inglés del siglo XIV. (Sello de la ciudad de Winchéster, Real Archivo secreto del Estado en Berlín.)

rogado nada, ahora os suplico humildemente y os requiero como favor propio, por el Hijo de Santa María y por mi amor, que otorguéis gracia á esos seis hombres.» Eduardo, al fin, se dejó convencer y la reina se llevó consigo á los ciudadanos, obsequiándoles espléndidamente (2).

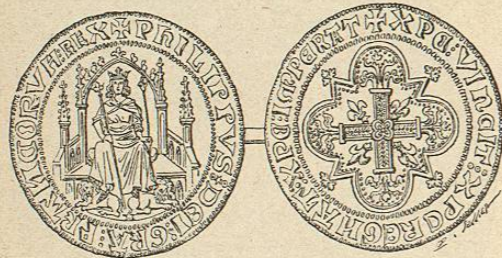
La ciudad fué abierta inmediatamente, y de ella tomó posesión Gualtero de Masny. Los caballeros y los escuderos fueron reducidos á prisión poco rigurosa y llevados luego á Inglaterra. Trajéronse víveres á los habitantes; pero hacía tanto tiempo que éstos no comían lo necesario, que trescientos de ellos murieron. Después fué preciso que abandonaran la ciudad, realizándose entonces el éxodo de toda una población; sólo quedaron en Calais veintidós ciudadanos «para dar informes acerca de las herencias,» figurando entre ellos Eustaquio de Saint-Pierre. Eduardo III entró en aquella ciudad completamente vacía «con buen contingente de trovadores,» y dió en el castillo magníficas fiestas á sus caballeros y á los ciudadanos de Flandes. Los palacios de Calais

(2) Brequigny en las *Memoires pour servir à l'histoire de Calais*, citadas en la página 421, ha sido el primero en designar cuatro documentos que á primera vista parecen destruir el conmovedor relato de Juan le Bel y de Froissart; pero, bien examinado el asunto, nada permite poner en duda este relato, y antes bien todo induce á creer que los seis ciudadanos se sacrificaron realmente por amor á su ciudad, á fin de salvar á la población de Calais de la venganza de Eduardo III. Acerca de este hecho, véase una nota de S. Luce en su edición de las *Chroniques* de Froissart, IV, XXV, nota 1.

fueron distribuidos entre los barones ingleses; el puerto fué desembarazado y fueron llevados á aquella ciudad habitantes de las principales poblaciones inglesas, con lo que Eduardo III quiso demostrar que si le había costado «gran trabajo» el tomar Calais, tenía el propósito de conservarla.

Felipe VI consideró como cuestión de honra asegurar la suerte de los infelices ciudadanos de Calais, reservando para ellos todos los bienes muebles y todas las herencias que por felonía debían ir á parar á manos del rey, así como todos los empleos de que disponían el monarca y los duques de Normandía y de Orleans. De este modo se recompensó á los de Calais con casas y destinos en todo el reino.

Entretanto, las rudas campañas de 1346 y 1347 habían agotado los recursos de ambos adversarios. Dos



Moneda de Felipe VI

cardenales hablaron de paz en nombre del papa, y al fin fueron escuchados. En 28 de septiembre, Eduardo consintió en una tregua por un año, en la que estaban comprendidos todos los aliados de los dos reyes y se otorgaban garantías especiales á los flamencos, quienes temían las represalias del rey de Francia, y regresó á su reino, de donde había partido catorce meses antes. En tablaronse negociaciones para un tratado definitivo, pero sin resultado alguno, y la tregua fué renovada en 1348 y 1349, durando hasta abril de 1351.

A todo esto, habíase restablecido la paz en Flandes. Luis de Nevers había sido muerto en Creci, y su hijo, Luis de Maële, había vuelto sin dificultad al condado; pero los flamencos, que le creían «mejor imbuído en las condiciones flamencas que su padre,» no tardaron en ver que se engañaban. Querían que se casara con una de las hijas de Eduardo III, y todo estaba ya dispuesto para la boda, cuando una mañana, siguiendo el vuelo de un halcón, desapareció Luis de Maële (28 de marzo de 1347). Habiéndose refugiado en Francia, casóse allí con la hija del duque de Brabante. Acto continuo, la Flandes se insurreccionó y de nuevo reconoció á Eduardo III: el duque de Normandía, que llegó con intento de restablecer al conde, fué medio vencido. Después de la tregua de Calais, y á pesar de venir comprendida en ella la Flandes, continuaron las agitaciones; pero como Eduardo III se negaba á socorrer á sus antiguos aliados, el conde, que supo halagar á las ciudades, logró vencer todas las resistencias, y en 13 de diciembre de 1348, Dunkerque, Ipres y Gante, las últimas poblaciones hostiles, reconocieron su autoridad. Y aunque Luis de Maële fuese un príncipe poco seguro y que ofrecía poca confianza, parecía conjurado el peligro de que Flandes se hiciera independiente ó fuese acaparada por Inglaterra.

CAPÍTULO V

EL GOBIERNO DE FELIPE VI (1)

I. El palacio del rey y los cargos palaciegos.—II. La hacienda.—III. Las ordenanzas. El parlamento. La justicia eclesiástica.—IV. Montpellier y el Delfinado.—V. La peste.—VI. La muerte del rey.

I.—El palacio del rey y los cargos palaciegos (2)

Felipe VI, que viajó muy poco, habitaba generalmente en París ó en Vincennes ó se iba á cazar á los bosques inmediatos á Saint-Germain, Montmorency y Hallate. Gracias á esta vida ordenada, el palacio tuvo gran esplendor desde los primeros años del reinado. En 1328, para el servicio de la panetería, por ejemplo, había cinco paneteros, un mozo de la panetería de los manteles, otro de la del común, tres caperos, dos sumilleres, dos ayudantes, un barquillero, una lavandera y un carretero de la panetería de los manteles, ó sea un total de diez y siete personas que cobraban salarios y recibían avena, candelilla y leña. La bodega, la cocina de boca, la frutería, la caballeriza y la leñera, que con la panetería constituyen los seis oficios del palacio, están igualmente bien «dotados,» lo propio que la cámara de la moneda, la capilla y la montería. Al frente de estos servicios figuran el maestresala mayor, los maestresalas y los chambelanes, todos con buenos salarios y abundantes provisiones. El número de mayordomos y chambelanes no bajaba de trece en 1332. Cuenta además el palacio los titulares de las prebendas honoríficas llamadas los grandes cargos (3), caballeros, toda clase de oficiales, ujieres y criados, alguaciles, trovadores, sumilleres, carreteros, arqueros, ballesteros y hasta criados de los arcos, una lavandera de la «cabeza» del rey, un portaballesta del rey, un guardián de los perritos del rey y un maestro de los pájaros de jaula. Muchos empleados é individuos agregados al palacio tienen uno ó varios criados, ayudantes ó pajes y un derecho á diversas provisiones. Un servicio particular, la tesorería, con un tesorero y un mozo de oficios, estaba encargado de los muebles, trajes y joyas y trataba con los mercaderes. La reina, el duque de Normandía, primogénito del rey, y el duque de Orleans, su otro hijo, tenían cada uno su casa propia. El mantenimiento de todas estas casas costaba caro; así en 1330 los gastos subían á 265.873 libras parisienses y en 1335

(1) FUENTES.—*Ordonnances des rois de France de la troisième race*, II, 1729. Viard, *Gages des officiers royaux vers 1329*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» LI, 1890. Moranville, *Rapports à Philippe VI sur l'état des finances*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» XLVIII, 1887. Viard, *Journaux du Trésor sous Philippe VI*, Documentos inéditos, 1900. Viard, *Lettres d'Etat de Philippe VI*, «Annuaire-Bulletin de la Société de l'Histoire de France,» 1898. Viard, *Documents parisiens du règne de Philippe VI*, 1899-1900. Delisle, *Actes normands de la Chambre des comptes*, «Société de l'Histoire de Normandie,» 1871. Varin, *Archives administratives de la ville de Reims*, Documentos inéditos, II, 1849. D. Vaissette, *Histoire générale de Languedoc*, nueva edición, X, 1885.

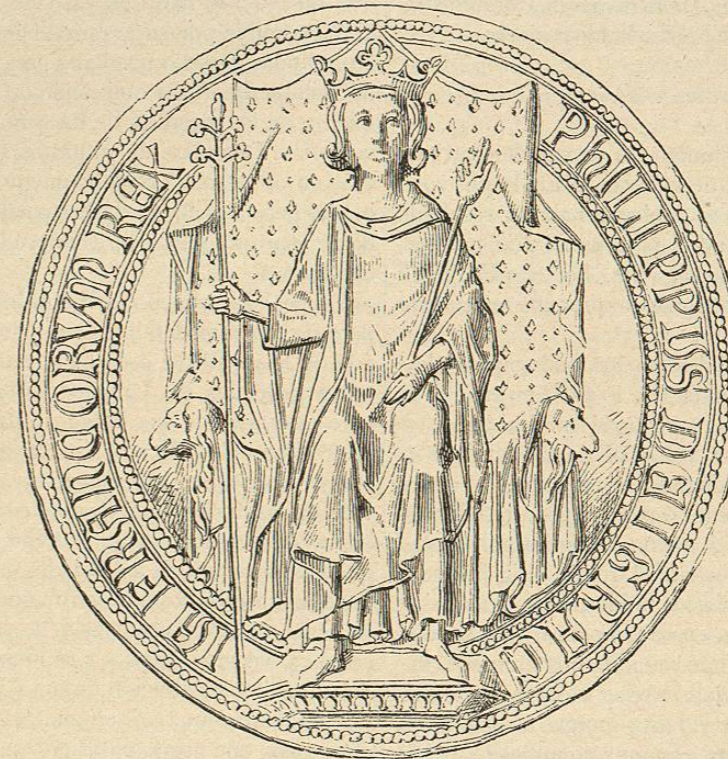
(2) OBRAS DE CONSULTA.—Viard, *L'Hôtel de Philippe de Valois*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» LV, 1894. O. Morel, *La Grande Chancellerie royale et l'expédition des lettres royales*, 1328 á 1400, 1900.

(3) Véase pág. 339.

se elevaban á 271.933, ó sea más de la tercera parte de los ingresos ordinarios del reino.

Desde el año 1334, el rey había tenido que suprimir á los empleados de palacio sus derechos y ventajas, dejándoles únicamente los salarios; pero la guerra impuso aún mayores economías (1). En 1350 la panetería no cuenta más que con un panetero, un mozo, un barquillero, un sumiller, un ayudante de manteles, un guardacámara, un portacapa y un ayudante de panetería, es

de abril de aquel año se dispuso que no se nombraría ningún notario nuevo hasta que el número de ellos quedase reducido á treinta. Los sargentos de armas, de trescientos cincuenta que eran, fueron reducidos á cien por medio de la amortización. El parlamento comprendía ciento cuatro miembros en 1332, ciento sesenta y siete en 1340, ciento treinta y cinco en 1341 y ciento setenta y dos en 1343; á partir de 1345 sólo habrá ochenta y uno que perciban sueldo. Una reducción pa-



Sello de Felipe de Valois

decir, un total de ocho personas, en vez de las diez y siete de 1328; la bodega sólo tiene nueve en vez de veintiséis; la cocina, diez y nueve en vez de cuarenta y siete; la frutería, siete en vez de once, y la leñera, diez y seis en vez de veintinueve, ó sea una disminución de sesenta y tres personas. Únicamente en la caballeriza ha aumentado un grupo: treinta y nueve criados cuidan de los palafrenes, corceles y acémilas; pero se trata del tren de guerra. Todo lo demás está restringido: el maestresala mayor ya no tomará nada para los escuderos, al maestro halconero se le rebajan cinco sueldos parisienses diarios, los cuatro capellanes no tomarán más vino para no dar mal ejemplo, etc.

Las consecuencias de la guerra se tocan en todas partes: antes de ella habíase multiplicado prodigiosamente el personal de secretarios, notarios y sargentos de armas, ocupado en la redacción ó en la ejecución de las actas, hasta el punto de que en 1343 el número de notarios no bajaba de noventa y ocho; pues bien, en 8

(1) Desde 1329-1330 llámole la atención á Felipe la extensión excesiva que habían alcanzado todos estos servicios, existiendo indicios de una información general que mandó abrir; pero es evidente que aquella investigación no produjo resultado alguno inmediato. O. Morel, *La Grande Chancellerie*, 1328-1400, página 91, nota de M. Viard.